

El tribuno resolvió desde luego prevenir á Fabiola contra la trama de que acababa de enterarse; pero al punto advirtió que no podía verificarlo hasta que regresase del campo.

X

Reuniones.

Cuando Sebastián y Pancracio volvieron á la sala hallaron ya congregadas en ella las personas á quienes aguardaban, muy numerosas y de diversa condición: clérigos y seglares, hombres y mujeres. Habíase dispuesto una frugal comida, principalmente como precaución para alejar toda sospecha por parte de cualquier intruso que pudiera presentarse inopinadamente; pues aquella reunión tenía por objeto adoptar algunas medidas á propósito de un reciente suceso ocurrido en el Palacio imperial, según vamos á referir.

Sebastián, que gozaba de gran valimiento en el ánimo del Emperador, empleaba toda su influencia en propagar dentro de Palacio la fe cristiana. Obra suya eran multitud de conversiones realizadas poco á poco; mas ahora se trataba de un buen número de ellas á la vez, cuyos pormenores vienen consignados en las *Actas* de este esforzado y glorioso paladin de Cristo.

El caso fué que, habiendo sido muchos cristianos arrestados y sometidos á un juicio que las más veces terminaba en sentencia de muerte, dos hermanos, Marco y Marceliano, estaban aguardando el momento del suplicio; pero algunos amigos, á quienes se había permitido visitarlos, les suplicaban con lágrimas en los ojos que apostatasen para conservar la vida. Comenzaron á vacilar y ofrecieron que lo pensarían, cuando sabedor de esto Sebastián corrió á salvarlos. Demasiado conocido para que le negasen la entrada, penetró en el encierro como un ángel de luz. Servía de calabozo un antiguo comedero de la casa del magistrado bajo cuya vigilancia se hallaban, pues por lo regular se dejaba á los jueces la elección del lugar de encarcelamiento; y habiendo obtenido Tranquilino, padre de los dos jóvenes, un plazo de treinta días para ver si podía vencer su obstinada constancia, á fin de secundar sus esfuerzos se había ofrecido el magistrado Nicostrato á guardarlos en su propia casa. Peligrosa y arriesgada era la empresa de Sebastián, pues

además de los dos cautivos cristianos había en el mismo encierro diez prisioneros gentiles y los padres de los infortunados mozos, persuadiéndoles con lágrimas y halagos á que se sustrajesen al destino que les amenazaba; y estaban también presentes el carcelero Claudio y el mencionado Nicostrato con su esposa Zoe, atraídos por el compasivo deseo de arrancar á los dos mancebos de manos del verdugo. ¿No era, pues, de temer por parte de Sebastián que entre tantos hubiese alguno que, ya en cumplimiento de sus deberes oficiales, ya para obtener su perdón, ó ya por odio al cristianismo, lo delatase si se confesaba cristiano? Y en este caso ¿podía Sebastián desconocer que su muerte era segura?

Bien lo sabía, pero ¿qué le importaba? Si en vez de dos se ofrecían á Dios tres víctimas, salía ganancioso: lo que temía era que no hubiese ninguna.

Como aquella prisión se abría raras veces y necesitaba poca luz, entraba esta por una abertura practicada en el techo. Ansioso de que todos le vieran, Sebastián se colocó debajo de un rayo de sol que penetraba por ella, claro y brillante donde iluminaba, pero dejando en semi-oscuridad el resto de la estancia. Aquel rayo de luz, al dar de lleno en el oro y pedrería que adornaban la armadura del tribuno y á cada movimiento suyo esparcían destellos de brillantes colores, realizaba sus nobles facciones, suavizadas por la expresión del tierno dolor con que contemplaba á los dos vacilantes confesores de la fe.

Transcurrieron algunos momentos antes que pudiese desahogar en palabras la aflicción que le oprimía; mas, vencida algun tanto la emoción, rompió el silencio con estas sentidas frases:

— Venerables hermanos, vosotros que habeis dado testimonio de Cristo y que por su amor habeis sido encarcelados, y vuestros miembros surcados por duras cadenas, y sufrido crueles tormentos, yo deberia caer á vuestros piés, ofreceros mi obsequio y pedir vos vuestras oraciones en vez de presentarme á vosotros para exhortaros y mucho menos para reconveniros. Pero ¿será cierto lo que he oído, que cuando los ángeles iban á poner las últimas flores á la corona que para vosotros tejían, les habeis invitado á desistir, y hasta habeis intentado recomendarles que la deshagan y arrojen sus flores al viento? ¿Puedo creer que vosotros, que ya pisábais los umbrales del paraíso, penseis retroceder al valle de destierro y de amargas lágrimas?

Al oír esas palabras los dos mancebos inclinaron la cabeza y confesaron llorando su fragilidad.

Sebastián prosiguió:

— Si no podeis soportar la mirada de un pobre soldado como yo, el último de los siervos de Cristo, ¿cómo resistiréis la mira-

da majestuosa y erojada del Señor, á quien habeis estado á punto de negar ante los hombres sin que podais hacerlo en vuestros corazones, en aquel día terrible en que El á su vez os niegue en presencia de los ángeles, y cuando en vez de ofrecerlos ante sus ojos como siervos buenos y leales, como hubiérais podido hacerlo mañana, tengais que comparecer á su presencia después de haber arrastrado pocos años más una vida de infamia, expulsados de la Iglesia, despreciados por sus enemigos, y, lo que es peor, devorados por un gusano interior que nunca muere, y víctimas de un perpétuo remordimiento?

—¡Cesa, cesa por piedad, quien quiera que seas!—exclamó Tranquilino;—no hables con tanta severidad á mis hijos. Si principiaron á ceder fué por las lágrimas de su madre y mis ruegos, no por horror de los tormentos que con tanta fortaleza han resistido. ¿Por qué han de abandonar á sus infelices padres en la miseria y el dolor? ¿Exige esto tu religión? Y si lo exige, ¿cómo puedes llamarla santa?

—Espera con paciencia, buen anciano—respondió Sebastián con benévola expresión,—y permíteme que acabe de hablar á tus hijos. Ellos me entienden, y tú no, aunque con la gracia de Dios pronto me entenderás. Vuestro padre dice la verdad cuando asegura que sólo por su amor y por el de vuestra madre habeis estado deliberando si debíais preferirlos á Aquel que nos dijo: «El que ama á su padre ó á su madre más que á Mí, no es digno de Mí.» Pues bien, ¿podréis lisonjearos de comprar la vida eterna para vuestros ancianos padres, perdiéndola vosotros mismos? ¿Los convertiréis al Cristianismo, abandonándolo vosotros? ¿Los haréis soldados de la Cruz, desertando vosotros de sus banderas? ¿Les persuadiréis de que las doctrinas de nuestra religión son de más precio que la vida, prefiriendo vosotros la vida á ellas? O más bien, ¿queréis alcanzar, no la vida transitoria y perecedera del cuerpo, sino la vida eterna del alma? Pues apresuraos á adquirirla, y deponed á los piés de nuestro Redentor las coronas que recibiréis, impetrandó la salvación de vuestros padres.

—¡Basta, Sebastián!—exclamaron los dos hermanos;—estamos resueltos.

—Claudio, —dijo uno de ellos;—vuélveme á poner las cadenas que me quitaste.

—Nicostrato, —añadió el otro;—dad las órdenes para que se ejecute la sentencia.

Claudio y Nicostrato permanecieron inmóviles.

—Quedad con Dios, querido padre; á Dios, querida madre, —añadieron abrazando á sus padres.

—¡Nó, —dijo el padre;—ya no nos separaremos! Nicostrato, participad á Cromacio que desde este momento soy cristiano

como mis hijos. Quiero morir con ellos por una religión que basta á los niños convierte en héroes.

—Y yo—añadió la madre—tampoco me separaré de mi esposo ni de mis hijos.

La escena que siguió es indescriptible. Todos estaban conmovidos, todos lloraban: los encarcelados se sentían arrastrados por el tropel de esos nuevos sentimientos, y el mismo Sebastián se vió rodeado de un grupo de hombres y mujeres tocados de la gracia, rendidos por su influencia y subyugados por su poderío; pero todo estaba perdido si uno solo resistía á su impulso. Sebastián vió el peligro de un descubrimiento repentino, no por él, sino por la Iglesia y por aquellas almas que estaban aún fluctuando en los confines de la vida. Unos se colgaban de sus brazos, otros abrazaban sus rodillas, otros besaban sus piés, cual si fuera el ángel de paz que se apareció á Pedro en su prisión de Jerusalén.

Únicamente dos habían estado silenciosos. Nicostrato se había conmovido, pero no estaba subyugado. Tenía el corazón agitado, pero no habían variado sus convicciones. Su esposa Zoe se arrodilló delante de Sebastián, con los brazos extendidos y la mirada suplicante, pero sin articular una palabra.

—Vamos, Sebastián, —dijo Nicostrato, archivero de las actas;—ya es hora de que te vayas. No puedo menos de admirar la sinceridad y nobleza de corazón que te han impulsado y que impelen á esos dos mancebos á preferir la muerte; pero mi deber es imperioso y debo acallar mis afectos.

—Pero ¿no crees tú como los demás?

—No, Sebastián; no cedo tan facilmente. Necesito pruebas más evidentes que tu virtud.

—Pues háblale tú, —dijo Sebastián á Zoe;—habla tú, esposa fiel, al corazón de tu marido; porque, ó mucho me engaño, ó tus ojos me están diciendo que tú al menos crees.

Zoe se tapó el rostro con las manos y prorrumpió en llanto.

—La has agitado en demasía, Sebastián, —dijo Nicostrato: ¿no sabes que es muda?

—Lo ignoraba, Nicostrato. Recuerdo que la última vez que la ví en Asia hablaba.

—¡Seis años há que su lengua está paralizada, sin que haya vuelto á proferir una palabra!

Calló Sebastián unos momentos: de improviso extendió los brazos como acostumbraban los cristianos al orar, y alzando los ojos al cielo prorrumpió en estas palabras:

—¡Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo! Vos habeis principiado esta obra; acabadla también. Mostrad vuestro poder, ya que es necesario: confiadlo, una vez siquiera, al más débil y pobre de vuestros instrumentos, y permitid que yo, aunque

indigno, empuñe la espada de vuestra cruz victoriosa para ahuyentar los espíritus de las tinieblas y para que todos podamos unirnos en tu redención!... ¡Zoe, mírame otra vez!

En medio del más profundo silencio y después de una corta y silenciosa plegaria hizo Sebastián la señal de la Cruz sobre la boca de la muda, y dijo:

—Habla, Zoe. ¿Crees?

—¡Creo en Jesucristo!—respondió ella con voz clara y firme, cayendo á los pies de Sebastián.

Exhaló Nicostrato un grito del alma é hincó las rodillas bañando con sus lágrimas la veste del tribuno.

Completo fué el triunfo; todos estaban convertidos, é inmediatamente adoptaron medidas para no ser descubiertos. Como la persona que respondía de los presos podía llevarlos á donde quisiese, Nicostrato concedió á todos, incluso Tranquilino y su mujer, que dispusiesen libremente de su propia casa. Sebastián se apresuró á confiarlos á la dirección del sacerdote Policarpo, de la iglesia del Santo Pastor. El caso era extraordinario y requería tanto sigilo en atención á lo peligroso de las circunstancias, que la instrucción de los catecúmenos se aceleró para que pronto estuvieran en disposición de recibir el Bautismo.

Un segundo prodigio vino á consolar y alentar á los nuevos cristianos. Tranquilino, que sufría cruelmente de la gota, recobró instantáneamente la salud con el Bautismo. Nicostrato, que debía dar cuenta de los presos á Cromacio, prefecto de la ciudad, no pudo ocultarle por mucho tiempo lo que había sucedido. Cuestión era esta de vida ó muerte para todos; pero, fortalecidos ahora por la fe, se hallaban dispuestos á morir por ella. Afortunadamente Cromacio era de noble carácter y adversario de las persecuciones, y escuchó con vivo interés la relación del suceso; pero al enterarse de la curación de Tranquilino quedó grandemente sorprendido, pues él también era víctima de la misma dolencia, que le hacía sufrir agudísimos dolores.

—Si lo que acabais de referir es cierto,—dijo,—y puedo yo experimentar en mi propia persona ese poder, no resistiré á la evidencia.

Llamaron á Sebastián; pero juzgando éste superstición sacrilega administrar el Bautismo á un idólatra sin que antes hiciese confesión de fé cristiana y solo para hacer un ensayo de su virtud curativa, recurrió á otro medio, de que daremos cuenta más adelante. Cromacio curó perfectamente, y luego después recibió el Bautismo con su hijo Tiburcio.

No pudiendo ya desempeñar más tiempo su cargo, resignólo en manos del Emperador, y entonces fué llamado para sucederle Tértulo, padre de Corvino y prefecto del Pretorio. El lector habrá ya venido en conocimiento de que los sucesos que referi-

mos habian ocurrido poco antes del principio de nuestra historia, pues en uno de los precedentes capítulos hemos dicho que el padre de Corvino era ya prefecto de Roma.

Volvamos ahora á la noche en que Sebastián y Pancracio encontraron reunidas en casa del primero casi todas las personas mencionadas. La mayor parte de éstas vivía en Palacio ó cerca, y entre ellas Cástulo, que ocupaba un puesto importante en la Corte, y su esposa Irene.

Otras reuniones parecidas habíanse ya tenido á fin de tomar las medidas más oportunas para asegurar la completa instrucción de los convertidos y sustraer de la atención pública á tantos cuyo cambio de vida y súbita renuncia de destinos podían causar extrañeza y provocar mil indagaciones. Obtenida por Sebastián licencia del Emperador para que Cromacio se retirase á una quinta suya cerca de Capua, habíase acordado que buen número de neófitos fuesen á reunirse allí con objeto de que, formando una sola familia, continuaran instruyéndose en la Religión y practicasen en comun los ejercicios de piedad. Por otra parte, había llegado la estación en que todos se trasladaban al campo, y hasta el Emperador se encaminaba á las costas de Nápoles. Propicio era, pues, el momento para llevar á cabo el plan preconcebido; y el mismo Papa celebró los divinos Misterios en casa de Nicostrato y aconsejó que marchasen de Roma lo más presto posible.

Tomáronse todas las disposiciones para la partida. Distribuidos en varios grupos, pondríanse en camino desde el día siguiente y en los sucesivos, unos por la vía Apia, otros por la vía Latina, otros por el camino montañoso que gira en torno de Tivoli, á través del Arpino, para encontrarse todos en la quinta, cerca de Capua.

Durante la discusión que precedió á esas disposiciones, Torcuato, uno de los presos convertidos por la visita de Sebastián, se había hecho notar por su impaciencia, precipitación y temeridad. Criticaba cuanto proponían otros; manifestaba descontento por las instrucciones que se le daban; hablaba desdeñosamente de lo que él llamaba huir del peligro, y se jactaba de estar pronto á presentarse en el Foro para derribar un altar y declararse cristiano en presencia del juez. En vano se esforzaron por moderar y sosegar su ánimo, juzgando todos de suma importancia que marchase juntamente con los demás á la quinta, pues él se obstinó en seguir su propia inclinación.

Un solo punto faltaba resolver: ¿quién se pondría á la cabeza de la pequeña colonia? Sobre esto promovióse una competencia afectuosa entre el santo sacerdote Policarpo y Sebastián, empeñados uno y otro en quedarse en Roma para ser el primero en correr la suerte del martirio. Pero puso fin á la piadosa con-

tienda una carta del Papa dirigida á su «amado hijo Policarpo,» ordenándole que acompañase á los convertidos y encomendase á Sebastián la ardua misión de alentar á los confesores y proteger á los cristianos de Roma. Enterarse de ella y obedecerla, todo fué uno; y con esto disolvióse la reunión después de las preces de costumbre.

Sebastián, habiéndose despedido afectuosamente de sus amigos, se empeñó en acompañar á Pancracio hasta su casa; y cuando salieron dijo el último:

—Sebastián, no me gusta ese Torcuato, y temo que nos dará que sentir.

—A decir verdad,—contestó Sebastián,—me alegraría que fuese otro su carácter; pero acordémonos de que es neófito, y esperemos que con el tiempo y la gracia de Dios se enmendará.

Al atravesar el patio de entrada oyeron grande algarabía de voces confusas y discordantes, mezcladas con grandes risotadas, que venían del patio contiguo, donde tenían su cuartel los arqueros mauritanos. En medio de él ardía sin duda una hoguera, pues el humo y las chispas subían por encima de los pórticos inmediatos.

Acercándose al centinela del patio, preguntóle Sebastián:

—¿Qué pasa entre nuestros vecinos?

—La esclava negra, que es su sacerdotisa y está prometida á su capitán como esposa si puede comprar su libertad, ha venido á celebrar algunos ritos á media noche, y de ahí esa horrible barahunda, que se repite siempre que viene.

—¿De veras?—dijo Pancracio.—Y ¿podrías decirme qué religión profesan esos africanos?

—Lo ignoro,—respondió el legionario;—á menos que sean esos que llaman cristianos.

—¿En qué te fundas?

—He oído decir que los cristianos tienen reuniones nocturnas, en las que entonan canciones abominables y cometen toda suerte de crímenes, como asar y comerse un niño que matan para su festín (1), y esto precisamente es lo que parece están haciendo ahí.

—Buenas noches, camarada,—dijo Sebastián.

Y al salir del vestibulo exclamó:

—¿No es de maravillar, Pancracio, que á pesar de todos nuestros esfuerzos, nosotros que adoramos á un solo Dios en espíritu y en verdad y que tratamos de conservarnos limpios de pecado, al cabo de trescientos años seamos todavía confundidos por la plebe con los secuaces de las más degradantes supersti-

(1) ¡Tales ideas se habían propalado entre el pueblo acerca de la religión cristiana!

ciones, y considerada nuestra religión como esa idolatría que tanto aborrecemos? ¡Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo!

—Hasta que dejemos de caminar en esta opaca luz y el sol de justicia se levante sobre nuestra patria con toda su belleza y la enriquezca con su eterno esplendor.

Así contestó Pancracio á su amigo, deteniéndose en las gradas superiores del vestibulo y contemplando la luna, que comenzaba á ocultarse.

—Dime, Sebastián,—continuó diciendo;—¿desde dónde te gusta más ver salir el sol?

—¡Ah! la salida más hermosa del sol que he visto en mi vida,—dijo el noble militar como respondiendo por mera complacencia á la caprichosa pregunta de su compañero,—fué desde la cumbre del monte Lacial (1). Asomaba el sol detrás de él, proyectando sobre el mar lejano su vasta y piramidal sombra, que iba disminuyendo á medida que aquel subía. A cada momento bañaba la luz nuevos objetos: primero las galeras que surcaban las aguas, luego el puerto con sus juguetonas olas, y uno tras otro iban resplandeciendo, ya este, ya el otro edificio blanco, hasta que por último la majestuosa Roma quedó bañada con la claridad refulgente del día. Perspectiva magnífica y encantadora, que ni siquiera alcanzarían á imaginar los que entonces se hallaban al pie de la montaña.

—Precisamente,—añadió Pancracio,—y así sucederá cuando un sol aún más esplendoroso se levante sobre esta tierra sumida en tinieblas. ¡Qué encanto causará entonces presenciar cómo se van retirando las sombras y cómo se dibujan á cada instante en la luz una tras otra las bellezas, ahora recatadas, de nuestra religión santa, hasta que la eterna ciudad resplandezca como tipo sagrado de la ciudad de Dios! Los que vivan en esos tiempos ¿verán esas bellezas y las apreciarán dignamente, ó mirarán sólo el estrecho espacio que los rodee, y se cubrirán los ojos con las manos para no quedar deslumbrados por el súbito resplandor? Duda es esta, querido Sebastián, que no acierto á resolver; pero abrigo la esperanza de que tú y yo contemplaremos tan sublime espectáculo desde el único lugar donde puede ser debidamente apreciado; desde un monte más elevado que el de Júpiter Albano ó el de Júpiter Olímpico; desde aquel monte santo donde está el Cordero de cuyos pies brota el manantial de la vida (2).

Y en tanto que así departían, Sebastián y Pancracio seguan

(1) Hoy monte Cavo, sobre Albano.

(2) *Vidi supra montem Agnum stantem, de sub cujus pede fons vivus emanat.* (Oficio de san Clemente).

andando por las calles brillantemente iluminadas (1), hasta que llegaron á la casa de la noble Lucina.

Antes de despedirse los dos amigos, dijo aún Pancracio, como si vacilara:

—Esta noche, Sebastián, has dicho una cosa que me alegraría en extremo me explicases.

—¿Cuál?

—Cuando discutías con el sacerdote Policarpo sobre cuál de los dos iría á Campania ó permanecería en Roma, prometiste que si te quedabas serías más cauto para no exponerte sin necesidad, y añadiste que tenías un proyecto capaz de moderar tus impulsos; pero que una vez logrado te sería dificultoso calmar tu encendido anhelo de dar tu vida por Jesucristo.

—Y ¿por qué deseas tanto conocer este pobre pensamiento mio?

—Porque yo quisiera conocer ese objeto tan poderoso que comprime tu aspiración de alcanzar lo que se considera como el destino más encumbrado á que puede aspirar un cristiano.

—Siento, querido amigo, no podértelo revelar ahora; pero llegará el día en que lo sepas.

—¿Me lo prometes?

—Muy solemnemente. ¡Dios te bendiga!

XI

Un paréntesis

Aprovechando las vacaciones que han empezado en Roma, y mientras muchos de sus moradores se trasladan á los montes ó á las playas que se extienden desde Génova á *Pæstum* para gozar de los atractivos del campo y del mar, comunicaremos al lector algunos datos que sirvan de aclaración á los hechos anteriormente referidos y preparen el ánimo para la mejor inteligencia de lo que debe seguir.

El método compendioso con que generalmente suele estu-

(1) Refiere Amiano Marcelino (lib. XIV, cap. 1) que en la decadencia del Imperio las calles de Roma estaban alumbradas de noche tan brillantemente que rivalizaban con la luz del día.

diarse la historia primitiva de la Iglesia, y la falta de orden cronológico por parte de los modernos agiógrafos, nos expone á formar una idea equivocada de los antiguos cristianos; y en este error podemos incurrir de dos maneras: bien imaginándonos que durante los primeros siglos sufrió sin tregua la Iglesia una persecución activa y que los fieles celebraban el culto en continuo temor, encerrados en las catacumbas, sin que pudiera la Iglesia desenvolverse exteriormente ni atender á su organización interior, como un período, en fin, de lucha y de tribulaciones sin el menor intervalo de paz ni de consuelo: ó bien considerando acaso esos tres siglos divididos por diez persecuciones distintas, unas más largas, otras más cortas, aunque separadas por breves intervalos de reposo y de completa tranquilidad.

Pero como ambos criterios son erróneos, vamos á presentar con más exactitud la condición en que realmente se encontró la Iglesia en las diversas circunstancias de ese período tan fecundo de su historia.

Al desatarse la primera persecución no puede en verdad decirse que cesase por completo hasta la paz general dada por el gran Constantino. Todo edicto de persecución promulgado por un emperador raras veces era revocado: solía suavizarse el rigor de su ejecución, y aun suspenderse, cuando subía al trono un soberano más benigno, pero nunca se llegaba á considerar letra muerta el edicto, y á veces era un arma peligrosa en manos de cualquier gobernador cruel ó fanático de una ciudad ó provincia. De aquí, en los intervalos de las persecuciones generales ordenadas por nuevos decretos, la multitud de Mártires que debieron su corona al furor popular ó al odio de las autoridades contra el Cristianismo. Por eso también leemos la relación de enconadas persecuciones en unas provincias mientras que otras gozaban de completa paz.

Sin embargo, algunos ejemplos de las diversas fases de la persecución determinarán las relaciones de la primitiva Iglesia con el Estado, mejor que una mera descripción.

Bajo ningún concepto perteneció Trajano al número de los emperadores crueles; por el contrario, fué uno de los más justos y clementes; y sin embargo, á pesar de no haber promulgado nuevos edictos contra los cristianos, muchos de ellos glorificaron al Señor durante aquel reinado. Además, cuando Plinio el Joven, nombrado gobernador de la Bitinia, le consultó sobre el modo con que debería tratar á los cristianos que le presentasen á su tribunal, el Emperador dispuso que no los persiguiese, pero que si eran acusados los castigase: decisión que demuestra cuán falsas eran las nociones de justicia por las que se regía Trajano.

Adriano, que no promulgó edicto alguno de persecución, dió la misma respuesta á una consulta semejante de Serenio Gra-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA 010773
"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, N.M.

niano, procónsul de Asia. En su mismo reinado, y quizá en virtud de sus propias órdenes, sufrieron crueles martirios en Tibur, hoy Tivoli, la intrépida Sinfrosa y sus siete hijos. Y san Justino, mártir, el grande apologista del Cristianismo, refiere que debió su conversión á la constancia de los Mártires en tiempo del mismo Adriano.

De igual manera, antes que el emperador Séptimo Severo publicase sus edictos de persecución, muchos cristianos habían sufrido el tormento y la muerte. Tales fueron, entre ellos, los célebres Mártires Scillitas en Africa, y las santas Perpétua y Felicitas con sus compañeras.

De estos hechos históricos resulta evidentemente que, si bien de tiempo en tiempo se recrudecía y generalizaba en el Imperio la persecución contra el nombre cristiano, había también épocas en que cesaba en algunas localidades, y hasta se suspendía en parte su rigor. A uno de estos intervalos debemos noticias interesantes, relacionadas con nuestra narración.

La persecución de Severo habíase aplacado en algunas provincias, pero Scápula, procónsul de Africa, la prolongó en la suya con inexorable crueldad. Había condenado entre otros á Mavilo de Adrumeto á ser devorado por las fieras, cuando le acometió una grave enfermedad. Tertuliano, el escritor cristiano más antiguo entre los latinos, le dirigió una carta amonestándole á que se arrepintiese de sus crímenes y recordándole los castigos que el cielo había enviado á algunos crueles jueces de los cristianos en diferentes partes del mundo; y añadía que la caridad de estos santos varones era tanta, que no cesaban de dirigir al cielo fervorosas oraciones para que restituyese la salud á su perseguidor. Manifestábale además que podía muy bien cumplir con sus deberes sin necesidad de ser cruel, citando al efecto varios ejemplos que demuestran cuánto dependía de la indole y tendencias de los jueces y gobernadores el modo de ejecutar los edictos imperiales de persecución. Y san Ambrosio refiere que hubo gobernadores que al regresar de las provincias se vanagloriaban de no haber ensangrentado sus espadas (*incruentos enses*).

Por eso puede facilmente comprenderse que mientras la persecución se encarnizaba contra los cristianos de las Galias, del Asia ó del Africa, la Iglesia gozaba de paz en el resto del Imperio. Pero Roma era sin duda el lugar más expuesto á las frecuentes explosiones del espíritu hostil, tanto que podía considerarse como privilegio de los Pontífices, durante los tres primeros siglos, sellar con su sangre la fe que predicaban. Ser elegido Papa equivalía á ser promovido al martirio.

En la época que precede á nuestra narración atravesaba la Iglesia uno de esos largos intervalos de paz relativa que favo-

reaban su desenvolvimiento. Desde la muerte de Valeriano, acaecida el año 268, no se había registrado persecución alguna formal, aunque glorificaron aquel período muchos Mártires. Durante él pudieron los cristianos observar plenamente y hasta con esplendor la Religión. Roma estaba dividida en distritos ó parroquias, cada una con su iglesia, servida por presbíteros, diáconos y ministros inferiores; los pobres eran socorridos, los enfermos visitados, los catecúmenos instruidos: se administraban los Sacramentos, el culto se celebraba diariamente, y los cánones penitenciales eran cumplidos con toda exactitud por el clero de cada iglesia; y para subvenir á estas atenciones, así como á otras que se referían á la caridad, hacíanse colectas entre los fieles.

En el año 250, durante el pontificado de Cornelio, existían en Roma 46 sacerdotes y 154 ministros inferiores que junto con 1,500 pobres se sostenían con las limosnas de la caridad cristiana.

Aunque los sepulcros de los Mártires en las catacumbas continuaron siendo objeto de devoción en aquellos tiempos más bonancibles, y estos asilos de los perseguidos se conservaban con esmero, no eran aún los lugares destinados al culto divino. Las iglesias que entonces había en Roma eran por lo regular públicas, espaciosas y hasta espléndidas; y los mismos paganos solían asistir á los sermones que se predicaban en ellas y á las partes de la liturgia que los catecúmenos podían presenciar. Por lo general las iglesias radicaban en casas particulares, probablemente en los vastos salones ó *triclinia* que había en los palacios de las familias nobles. Tertuliano, al hablar de los cementerios cristianos, los designa con un nombre y con circunstancias que prueban que estaban en alto, porque los compara á las eras, que naturalmente debían estar en campo raso.

Una costumbre establecida en las relaciones sociales de la antigua Roma desvanecerá la objeción que pudiera hacerse de cómo podía congregarse tanta multitud de fieles sin llamar la atención y atraer por consiguiente la persecución de los paganos. Acostumbraban los ricos tener todas las mañanas una especie de recepción, á la que acudían sus dependientes ó clientes, los mensajeros de sus amigos (esclavos ó libertos), los cuales eran admitidos por el dueño en el patio interior, mientras que otros no hacían más que presentarse, y eran despedidos sin pasar adelante. Centenares de personas podían así entrar y salir de los palacios como si formasen parte de la turba de esclavos de la casa, artesanos y otros sujetos que tenían entrada en ellos, ya fuese por la puerta principal ó por la posterior, sin que esto atrajese la pública atención.

Otro hecho importante en la vida social de los primitivos

cristianos, corroborado en las actas más auténticas de los Mártires y en la historia eclesiástica, era el secreto con que sabían guardar su fe. Personas que figuraban entre la sociedad más distinguida ú ocupaban destinos importantes y hasta puestos de confianza cerca de los emperadores, eran cristianos sin que lo sospechasen sus más íntimos amigos paganos, y hubo casos en que los más próximos parientes ignoraban esta circunstancia. Sin embargo, para mantener el secreto, nunca se valían de la mentira, de la hipocresía, de acción alguna contraria á la moral ó á la verdad cristiana; pero tomaban todas las precauciones conciliables con la verdad á fin de ocultar á los ojos del público la profesión de cristiano.

Bien que esta prudente conducta fuese necesaria para prevenir las persecuciones, no bastaba á evitarlas. La sociedad pagana, el mundo del poder, de la influencia, del valimiento, los que legislaban ó administraban justicia á su capricho, los adoradores de los goces mundanos y aborrecedores de la fe cristiana, sentíanse rodeados y penetrados por un sistema misterioso que se difundía sin saber cómo y ejercía un ascendiente cuyo origen nadie sabía. Las familias se quedaban atónitas al descubrir que un hijo ó una hija había abrazado la nueva doctrina, pues ni sospechaban siquiera hallarse en contacto con los que la enseñaban, teniéndola en su loca fantasía y vulgar juicio por estúpida, degradante y antisocial. De aquí que el aborrecimiento al cristianismo participase del carácter político á la vez que del religioso y se le considerase anti-romano, opuesto á la dilatación y prosperidad del Imperio, y subordinado á un poder espiritual invisible. Los cristianos eran declarados *irreligiosi in Cæsares*, desleales á los emperadores, y eso bastaba. Por lo tanto su seguridad y sosiego dependían en parte del estado de la opinión pública, y cuando un demagogo ó fanático llegaba á excitarla, aunque los cristianos negasen los cargos que se les dirigían, ni su irreprochable conducta ni consideración alguna de civilización y humanidad eran suficientes para escurdarse contra las medidas de persecución que tan fieramente se solían provocar contra ellos.

Reanudemos ahora el hilo de nuestra narración.

XII

El lobo y la zorra

Bien se avenían con la sórdida avaricia de Corvino las malignas insinuaciones de la esclava africana, cuyo odio á los cristianos provenía de que una antigua ama suya, convertida al Cristianismo, había manumitido á todas sus esclavas menos á ella, porque temiendo dejar suelta en el mundo á una criatura de las perversas inclinaciones de Afra, ó Jubala, que era su verdadero nombre, habíale procurado otro señor.

Corvino había visto muchas veces á Fulvio en los baños y en otros sitios públicos, y no podía menos de admirarle y envidiarle por su gallardía, su gusto en el vestir y su atildada conversación. Mas como él, Corvino, era tan rudo y huraño, nunca se hubiera atrevido á dirigirle la palabra á no haber descubierto que, si bien más pulcro y elegante que él, no era por eso menos villano. El ingenio y la habilidad de Fulvio podían muy bien suplir la carencia de estas cualidades por parte de Corvino: en cambio ¿no tenía éste la fuerza brutal y una osadía calculada y sin límites? Juntos, pues, tan poderosos auxiliares para la ejecución de sus designios, y juzgando Corvino ya suyo al joven extranjero, cuyo verdadero carácter é intenciones conocía, determinó hacer un esfuerzo para asociarse á quien de otra manera podía ser un peligroso rival.

Diez días despues de la referida entrevista con la esclava africana, recorría Corvino los jardines de Pompeyo, junto al teatro de este nombre (1). Un incendio ocurrido bajo el reinado de Carino había destruído el escenario del edificio que Diocleciano acababa de reparar con gran magnificencia. Estos jardines se distinguían especialmente por sus alamedas de plátanos, que esparcían deliciosa sombra, y por las estatuas de animales salvajes, fuentes y arroyos artificiales que los adornaban profusamente. Vagando por ellos divisó Corvino á Fulvio y fué á su encuentro.

(1) En las inmediaciones de la actual plaza Farnese.

—¿Qué quieres?—preguntó Fulvio mirando con sorpresa y desprecio el desaliñado traje de Corvino.

—Hablar contigo unos momentos en provecho tuyo... y mio también.

—Y ¿qué puedes proponerme que redunde en provecho mío? En el tuyo, no dudo que sí.

—Fulvio, yo soy hombre franco y llano, y no tengo pretensiones de elegante, ni de ser entendido y discreto como tú; pero, como ambos seguimos la misma profesión, sospecho que aspiramos á un mismo fin.

Sobrecogióse Fulvio, y con el rostro encendido replicó en tono de desprecio:

—¿Qué quieres decir, truhán?

—Si cierras el puño para mostrarme las sortijas de tus delicados dedos, bien está; pero, si es amenaza, mejor será que metas otra vez la mano entre los pliegues de tu toga, que así estás más airoso.

—Abreviemos. Por segunda vez te pregunto ¿qué pretendes de mí?

—Sé que eres un espía y un delator,—respondió Corvino acercándosele al oído.

Turbóse Fulvio; pero, reponiéndose luego, dijo:

—¿Con qué derecho me diriges tú tan odiosa acusación?

—Tú descubriste una conspiración en Oriente,—respondió Corvino acentuando enfáticamente estas palabras;—y Diocleciano...

—¿Quién eres?—interrumpió Fulvio,—¿cómo te llamas?

—Soy Corvino, hijo de Tértulo, prefecto de Roma.

Esta respuesta se lo reveló todo á Fulvio, y suavizando la voz dijo:

—No hablemos más ahora, pues veo acercarse algunos amigos. Mañana al amanecer acude disfrazado al *vicus Patricius* (1): te aguardaré bajo el pórtico de los baños de Novato, y allí hablaremos con más libertad.

Regresó Corvino á su casa muy satisfecho de su primer ensayo de diplomacia; y á los primeros albores del siguiente día, poniéndose el vestido de uno de los esclavos de su padre, dirigióse al sitio indicado. Después de esperar largo rato, y cuando ya comenzaba á perder la paciencia, vió llegar á su nuevo amigo.

Fulvio iba envuelto en ancho manto, cuya capucha le ocultaba parte del rostro, y saludó á Corvino diciendo:

—Buenos días, camarada. Siento haberte hecho esperar, pues la mañana es fresca y vas muy desabrigado.

(1) Calle Patricia.

—Confieso que me hubiera aburrido á no distraerme lo que he estado observando.

—Y ¿qué es?

—Desde muy temprano, supongo que mucho antes que yo llegase, ha acudido de todos lados y entrado en aquella casa, por la puerta que da á esa callejuela, la colección más rara de ciegos, cojos, mancos, lisiados, tullidos y contrahechos de toda especie, mientras que por la puerta principal han penetrado personas de muy diferente clase.

—Y ¿quién habita esa casa? Parece antigua y espaciosa, aunque muy deteriorada.

—Segun he oído decir, pertenece á un viejo patricio, tan avaro como rico. Pero, mira, todavía vienen más.

En aquel momento se acercaba un anciano, encorvado por el peso de los años, apoyándose en una muchacha risueña que le hablaba cariñosamente.

—Ya hemos llegado,—dijo ella;—unos pasos más, y podéis sentaros á descansar.

—Gracias, hija mía,—replicó el pobre anciano.—¡Qué bondad la tuya viniendo á buscarme tan temprano!

—Sabia que necesitábais ayuda, y como soy la persona menos útil de la vecindad, se me ocurrió ir á buscaros.

—Siempre he oído decir que los ciegos son egoistas, y me parece muy natural; pero tú, Cecilia, eres ciertamente una excepción de la regla.

—No tal; es mi única manera de mostrarme egoista.

—¿Qué quieres decir?

—Sí, porque como vos teneis vista y yo no, me servís de guía; y además me ofrecéis la satisfacción de sosteneros. De modo que vos sois el ojo del ciego, y yo el pié del cojo.

En esto llegaron á la puerta.

—Esa muchacha es ciega,—dijo Fulvio á Corvino.—Pero ¿no ves con qué soltura anda, sin mirar á derecha ni á izquierda?

—Así es,—respondió Corvino.—Seguramente será este el lugar tan famoso en Roma donde se juntan los pordioseros, y los ciegos ven, y los cojos andan, y todos se sientan en la mesa del festín. Aunque, si he de decirte la verdad, he notado que estos mendigos son muy diferentes de los del puente Aricio (1), pues se presentan con cierta dignidad y alegría, y ninguno me ha pedido limosna al pasar.

—¡Es raro! Mucho celebraría averiguar ese misterio. ¡Quién sabe si nos reportaría un buen negocio! ¿No dijiste que el viejo patricio es muy rico?

(1) Lugar muy conocido en Roma, donde se reunían los mendigos plañideros é importunos.

—Inmensamente.

—¡Bravo! Y ¿no podríamos atinar un medio para introducirnos en la casa?

—¡Ya se me ocurre uno! me quito los zapatos, encojo una pierna como si estuviera tullido me incorporo al primer grupo de lisiados que se aproxime, y me cuelo dentro imitándoles.

—¡Ardua empresa! es muy probable que los conozcan á todos en la casa.

—Estoy persuadido de que nó, pues varios me han preguntado si era esta la casa de la señora Inés.

—¿Cómo?—preguntó Fulvio haciendo un movimiento de sorpresa.

—¿Qué te admira?—dijo Corvino.—Es la casa de sus padres; pero ella es más conocida que ellos por ser una heredera muy rica, poco menos que su prima Fabiola.

Calló Fulvio unos momentos: habíale asaltado una fuerte sospecha, demasiado sutil é importante para comunicarla á su rudo compañero. Pero, impulsado por ella, dijo:

—Si estás seguro de que toda esa gente no es conocida en la casa, ensaya tu plan. Yo conozco á la señora y me aventuraré á entrar por la puerta principal. Así tendremos doble probabilidad.

—¿Sabes en qué estoy pensando, Fulvio?

—En algo muy extraordinario sin duda.

—Que cuando los dos nos unamos para alguna empresa tendremos siempre dos ventajas.

—¿Cuáles?

—Las del lobo y la zorra cuando se confabulan para asaltar un redil.

Fulvio lanzó sobre Corvino una mirada de desdén, á la que correspondió éste con una mueca horrible, y ambos se encaminaron á sus puestos respectivos.

XIII

La casa de Inés

Los padres de Inés descendían de un noble linaje de antepasados, y su familia no era de las recién convertidas, sino que hacía algunas generaciones que profesaba el cristianismo. Y así

como en las familias paganas se honraba la memoria de abuelos ilustres ó por algún triunfo ó por haber desempeñado algún alto cargo en el Estado, de la misma manera en esta como en otras casas cristianas se guardaba con piadoso respeto y afectuoso orgullo el recuerdo de los que en los ciento cincuenta ó más años precedentes habían alcanzado la palma del martirio ú ocupado elevadas dignidades en la Iglesia. Pero aunque ennoblecida así, á pesar de la sangre derramada sin cesar por Jesucristo, el tronco de la familia nunca había sido derribado como muchas de las ramas desgajadas de él; ántes había resistido al embate de frecuentes tempestades.

Todas las glorias y esperanzas de esta familia estaban á la sazón concentradas en Inés, único vástago de esta antigua casa. Concedida á sus padres cuando habían casi perdido la esperanza de ver continuada su descendencia, había mostrado desde la infancia un natural tan apacible, tal docilidad, tan esclarecido entendimiento, tanta candidez é inocencia, que era el objeto del amor y casi de la veneración de todos, desde sus padres hasta el último de los sirvientes, sin que tan merecida estimación alterase sus bellas prendas; y excelentes cualidades, antes bien se hallaban estas tan armónicamente ordenadas, que en la edad todavía temprana en que la encontramos era ya un cumplido dechado de gracia y discreción. No abrigaban sus padres un pensamiento virtuoso de que ella no participase, y teniendo tan poco apego como ellos al mundo, vivía en su compañía en una parte reducida del edificio, amueblada con elegancia, pero sin lujo, y adecuada á sus necesidades. Allí recibían á los pocos amigos con quienes conservaban relaciones íntimas. Visitábalos con frecuencia Fabiola, aunque Inés prefería visitarla á ella; y muchas veces expresaba aquella á su jóven amiga el anhelo de que llegase el día en que, gracias á un matrimonio ventajoso, abriera su espléndido palacio á una elegante y distinguida reunión. Porque á pesar de la ley Voconia, que prohibía heredar las hembras, ley á la sazón completamente en desuso, Inés había heredado de sus parientes colaterales varias propiedades que acrecentaron su patrimonio.

En general, los amigos paganos que la visitaban atribuían su modesto género de vida á la avaricia, y calculaban las inmensas riquezas que suponían acumuladas por sus tacaños padres, concluyendo por decir que, excepto el muro macizo que cerraba el segundo patio, todo el resto del edificio se vendría abajo.

Y sin embargo no era así. El interior de la casa consistía en un extenso patio, un jardín y un comedor separado ó *triclinium* convertido en capilla; y el piso superior que por esta parte se comunicaba, estaba destinado á las diversas obras de caridad que constituían el objeto principal de la vida de la Iglesia. Esta-